



II

EL PENSAMIENTO LIBERAL

1. *El demiurgo de la mexicanidad*

Don Ignacio Ramírez y don Melchor Ocampo, los dos ideólogos más grandes de nuestra revolución de Reforma, representan el pensamiento liberal más acabado sobre Hidalgo y su movimiento de Independencia. En sus concepciones está presente el temor a la “intervención europea” que en aquella época pesaba en la conciencia de todo el país. Mientras los hombres más prominentes del partido conservador gestionaban en Europa la erección en nuestra patria de un gobierno monárquico y ofrecían la corona de esta monarquía al príncipe Maximiliano de Austria, nuestros liberales luchaban por defender y afirmar el régimen de la República y por conjurar el peligro de la invasión extranjera. Por eso se explica que Ramírez y Ocampo, en los discursos cívicos que pronunciaron en las fechas de aniversario de la iniciación de nuestra Independencia, invoquen a Hidalgo como creador de la nacionalidad, le

refrenden el título de “padre de la patria” y lo utilicen como instrumento para afirmar la mexicanidad y la República frente al maridaje de conservadores y extranjeros que querían negar la independencia y la libertad de México con la instalación del llamado “segundo imperio”.

Hidalgo, dice Ramírez, “quiso ser sabio y fue sabio; pero la Universidad le cerró sus puertas”. Quiso un día “entronizar una industria en México, y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras; pero el monopolio extranjero entregó a las llamas sus rivales”. Quiso “ser agricultor, y las viñas le sonreían desde los collados; pero la espada ibera decapitó sus racimos”. Siempre el gobierno español cerró el camino a su imaginación creadora y a sus proyectos benéficos y audaces, haciéndole sufrir las penas del sabio, del industrial y del labrador.

Pero el sufrimiento, la humillación y el dolor que le impuso España, forjaron su grandeza. El sufrimiento le dió una “voluntad superior a los caprichos del destino”; la humillación “despertó su orgullo”; y el dolor “alumbró su inteligencia”. Hidalgo es el “representante de todos los padecimientos”; mas en ellos encontró fuerzas suficientes para “imponer la ley a sus contrarios, para levantarse sobre las generaciones humanas, y para rebelarse, como una *nueva divinidad*, ante los pueblos asombrados”.

En las aldeas oscuras es donde se “encierran los grandes pensamientos del destino”. En Dolores se encontraba Hidalgo cuando se sintió tocado por la mano del destino. Volvió los ojos en medio del caos y se encontró “representando él solo a la patria”. “Activo, infatigable, sus pensamientos y sus acciones caminaban juntas, como el relám-

pago y el trueno.” Necesitaba elementos para modelar una nueva patria, y los improvisa. “Lleva el fuego de su patriotismo a la prisión pública, incendia las rejas, acrisola a los criminales, y candentes todavía entre las llamas de la elocuencia, los transforma en soldados, en caudillos. Los indígenas, inmóviles como sus ídolos, lo contemplan sin comprenderle, y él evoca esos espectros de una civilización pasada, los reviste de una nueva humanidad y los incorpora para siempre en la nación mexicana; y grita a los esclavos: ¡sed libres!, y los esclavos se le presentan armados, con sus rotas cadenas; y desde entonces, tras cada acto de su voluntad aparecía una creación siempre llena de brillo para los tiranos y de terror para los opresores.”¹⁰⁸

Hidalgo es en el pensamiento de Ramírez el *demiurgo de la mexicanidad*, el obrero que da forma a la nacionalidad que antes de él estaba sin ella. Es el que determina lo mexicano indeterminado y convierte la posibilidad de la mexicanidad en actualidad. Es, en fin, el que plasma a México. ¿De dónde venimos? México no viene de los aztecas ni de los españoles, sino que desciende de Hidalgo. “Si nos encaprichamos en ser aztecas puros, terminaremos por el triunfo de una sola raza, para adornar con los cráneos de las otras el templo del Marte americano; si nos empeñamos en ser españoles, nos precipitaremos en el abismo de la reconquista; pero no ¡jamás! nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo y nacimos luchando como nuestro padre por los símbolos de

108 Ignacio Ramírez, *Obras*. Editora Nacional, S. A. México, 1947, T. I, p. 138.

la emancipación, y como él, luchando por la santa causa desapareceremos de sobre la tierra.”¹⁰⁹

Hidalgo no crea a México de la nada, sino que, como el demiurgo de Platón, sólo lo forma, sólo lo plasma. ¿Cómo? Mezclando los elementos posibles de la mexicanidad, haciendo pasar la mexicanidad como posibilidad, que existía antes de 1810, a la mexicanidad como actualidad, que empieza a existir después del grito de Dolores. ¿Cuáles son los elementos posibles de esa mexicanidad que Hidalgo, que el demiurgo de Dolores mezcla? Esos elementos son: una “revolución”, un “héroe”, un “pueblo”, la “indignación”, lo “imposible”, un “mito”.

Para que la mexicanidad pasara del estado de posibilidad al de actualidad, se necesitaba una *revolución*. Las naciones no se salvan, no se engrandecen con “falaces discursos”, con “pérfidos convenios”, con “promesas de intrigantes”, sino con la guerra, con lágrimas, con incendio, con sangre, con destrucción. Un pueblo ¿quiere nacer?, “desgarra el vientre de la madre; ¿se encuentra desheredado?, roba a las sabinas, lanza a sus vecinos, y busca sus placeres entre las ruinas de Jerusalem y de Cartago”.¹¹⁰ “La aparición de México se verificó entre una tempestad de rayos, que no se apaga todavía; felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aun cuando seamos sus víctimas . . .”¹¹¹

Aquella revolución necesitaba de un héroe, y ese fue Hidalgo. Este, sobreponiéndose “a su profesión, a su edad, a sus recuerdos, a sus esperanzas, a sus parientes, a sus

109 *Id.*, p. 136.

110 *Id.*, p. 153.

111 *Id.*, p. 136.

amigos, a su rey, a su Dios, a sí mismo, se propone trastornar la mitad del mundo, pronuncia una palabra mágica y deshace el encanto de tres siglos; tuvo valor para quemar todo lo que había adorado; conocía el precio de todo lo que sacrificaba, y no vaciló: cuando en las altas horas de la noche encomienda a las campanas de su parroquia el anuncio de la buena nueva, sabe muy bien que mina los cimientos del templo desde cuyo santuario reina sobre sus feligreses. Cuando pone la tea en las manos del indígena, no ignora que van a desaparecer entre las alas y bajo los pasos del humo, del fuego, la casa de sus padres y las cosechas de sus amigos; y antes que acudieran los conjurados, mal despiertos, ve entre sombras a las mujeres que lo maldicen, a los obispos que lo excomulgan, a los jueces que lo condenan, a la España que lo persigue y a la muchedumbre que no lo comprende; y en vez de temblar, elevándose a la altura de su situación, prorrumpe: '¡Viva la Independencia!' Hace sonar la campana de rebato y desafía la revolución." 112

Aquella revolución necesitaba también un *pueblo* con vocación para la libertad. Este pueblo fue el que en tiempo de los aztecas no dejó que se aclimataran en suelo mexicano los reyes y los tiranos; el que cayó luchando por la libertad frente a Cortés y los conquistadores españoles; el que mientras duró la orgía del régimen colonial se retiró a las montañas y a los desiertos, para no rendir culto a los tiranos; el que con Hidalgo se pronunció en Dolores y vino hasta el Monte de las Cruces a tomar po-

112 *Id.*, p. 152-153.

sesión del Valle de México; el mismo pueblo que nunca ha depuesto ni depondrá la causa de la libertad.

Con Hidalgo y el pueblo se mezcla la *indignación*. ¿Qué era lo que les indignaba? Que los españoles, después de una larga vacilación, sólo nos hubiesen concedido el alma para exigirnos de ella credulidad y respeto; que nuestro cuerpo de hombres sólo sirviera de alimento para un voraz trabajo y que el de nuestras mujeres sólo estuviera consagrado a los caprichos de la deshonor; que “en cada hogar, en cada calle, en cada templo existiera un español confesor, espía, tirano, sorprendiendo no sólo las acciones, sino hasta el fugitivo pensamiento”; que España prohibiese que nuestros campos produjeran vides, moreras y tabaco; que los talleres cerrasen sus puertas a los prodigios de la industria europea; que la Inquisición apagara en las cátedras la antorcha de la ciencia; que los principales puestos de Nueva España estuvieran ocupados por extranjeros; que para hombres y mujeres el modelo de vida fuera el convento, y que el fraile y la monja se reprodujeran aquí con “sus trajes, sus vicios, sus costumbres y sus preocupaciones”; en una palabra, les indignaba que se pretendiera españolizar nuestra alma, nuestro pensamiento, nuestro cuerpo, nuestras calles, nuestros campos, nuestra mesa, nuestro lecho, a tal grado, que hasta para ir al cielo se pretendía que se pasara por España. La indignación contra la españolización de toda nuestra vida, privada y pública, espoleó nuestra mexicanidad. Hidalgo y el pueblo de Dolores dieron el grito de guerra contra España, y en ese grito iba encerrada la convicción de que es más digno ser

113 *Id.*, p. 317.

mexicano que llamarse español. “¡Mueran los gachupines! fue el primer grito de mi patria; y en esa fórmula terrible se encuentra la desespañolización de México.”¹¹³

El desengaño de lo *imposible* se mezcla también con los elementos anteriores para dar forma a nuestra nacionalidad. Desde comienzos del régimen colonial la Iglesia y el Gobierno español crearon *el fantasma de lo imposible*. “¡Es imposible vencer a España!”, repitieron por todas partes. Este “imposible” fue el mejor aliado que tuvo el despotismo español durante trescientos años, y también el mayor elemento negativo de la mexicanidad. Con su ayuda se sofocó todo impulso de rebeldía contra la metrópoli española y se sembró en los mexicanos la “inferioridad” y la “insuficiencia” frente a los españoles. El “ídolo de lo imposible” negaba toda posibilidad a la mexicanidad. Destruir su engaño, deshacer el encanto que tenía embelesados el alma y los sentidos de los habitantes de Nueva España, significaba hacer posible el surgimiento de la mexicanidad. Esta fue la obra de la revolución de Independencia. Ella destruyó para siempre el fantasma de lo imposible, demostrando que era posible vencer a España. Con la derrota de ésta, se abrió ancho cauce a la mexicanidad. Desde entonces la fórmula “imposible” sólo la pronuncian los mexicanos españolizados o los cobardes y traidores, para quienes México aún no existe.¹¹⁴

El último elemento que participa en la plasmación de nuestra mexicanidad es un elemento irracional, misterioso, fatal: el *mito de Eva y de María*. Es uno de los “misterios de la fatalidad” que todas las naciones deban su “pérdida

114 *Id.*, p. 152.

y su baldón a una mujer” y a otra su “salvación y su gloria”. En todas las naciones se reproduce el mito de Eva y de María, en todas las naciones aparecen siempre dos designios fatales: uno, el designio evaico, por el cual una nación se pierde y cae; otro, el designio mariano, merced al cual esa misma nación se salva y se levanta. En México el elemento evaico está representado por la Malinche, la Eva indígena que traicionó a su pueblo y de cuya traición dependió la caída de la antigua Tenochtitlán, del México antiguo; el elemento mariano está personificado en la Corregidora, la María insurgente, que envía a Hidalgo un mensaje oportuno del que dependió el porvenir de la Independencia nacional. “Nosotros recordamos con indignación a la barragana de Cortés, y jamás olvidaremos en nuestra gratitud a doña María Josefa Ortiz, la Malintzin inmaculada de otra época, que se atrevió a pronunciar el *fiat* de la independencia para que la encarnación del patriotismo se realizara.”¹¹⁵

Revolución, héroe, pueblo, indignación, posibilidad y mito, son para Ramírez los elementos formadores de la mexicanidad que nace en 1810. Hidalgo es el que mezcla esos elementos; por eso la mexicanidad es obra de Hidalgo. El es, sin hipérbole, el verdadero padre de la patria, es el *demiurgo*, es el artífice que con la mirada puesta en el “supremo bien de la libertad”, modeló a México.¹¹⁶

115 *Id.*, p. 134.

116 Cf. Ignacio Ramírez: a) *Discurso* cívico pronunciado el 16 de septiembre de 1861, en la Alameda de México, en memoria de la proclamación de la Independencia. b) *Discurso* pronunciado en el puerto de Mazatlán la tarde del 16 de septiembre de 1863, en la solemnidad de la Independencia de México. c) *Discurso* pronunciado en el Teatro Nacional la noche del 15 de septiembre de 1867, por encargo de la Junta Patriótica. d) *La deses-*

2. *El mexicano mayor de edad*

Para interpretar la personalidad de Hidalgo, Ocampo echa mano de las *virtudes teologales*. Estas precedieron y acompañaron al caudillo de Dolores en su empresa. La fe, la creencia firme en los ideales de independencia y libertad, fue el “resorte interno” que lo lanzó a la revolución de 1810. La esperanza, la confianza firme en que el pueblo acudiría al llamado de esos ideales y lucharía con heroísmo hasta verlos realizados, fue el “estímulo” que lo decidió en tan gigantesca aventura. La caridad, el amor a su pueblo y a su patria, lo llevó a concebir la revolución que iniciaba como una obra que traería un “gran bien” a todos los mexicanos. Sólo la fe, la esperanza y la caridad explican que Hidalgo desdeñara la comodidad social de que disfrutaba, que sufriera las calumnias y los insultos de sus enemigos, que recibiera con serenidad las excomuniones de la Iglesia y que resistiera con heroísmo y sin retractación hasta la muerte. Hidalgo es un “digno modelo de fe, esperanza y caridad”.

Pero la revolución de Independencia que Hidalgo inició alentado por las virtudes teologales, no fue la misma que se consumó en 1821 por los hombres que se llamaron de “segunda época”. Las “tres garantías” que Iturbide proclamó en el *Plan de Iguala* reemplazaron a la fe, la esperanza y la caridad. La Independencia fue entonces una

pañolización. Artículo polémico contra don Emilio Castelar, mayo de 1865. *Obras*. Editora Nacional, S. A. México, 1947. T. I. a) pp. 131-142; b) pp. 151-159; c) pp. 177-186; d) pp. 317-322.

palabra que se empleó para designar la “primera transacción de nuestra política, el primer ardid con que la interesada astucia de los vencidos estafó” el “triumfo a la ignorancia y magnánimo candor de los vencedores”; fue el medio sagaz empleado por los españoles criollos para que en adelante “no recibiesen ya de España ni corrección, ni dirección, ni superiores”. La *Religión* fue invocada para que “el clero se hiciese dueño y señor de sí mismo, entregándose más impunemente a toda especie de abusos”. La *Unión* fue proclamada para que “la abyecta humildad de los antes conquistados perdonara el vilipendio y opresión de tres siglos” a los conquistadores.

No hay por tanto que confundir el sentido que tuvo la independencia en 1810 con el que se le dió en 1821. Lo que a Ocampo le preocupa es explicar el sentido de la Independencia iniciada por Hidalgo y no el de la Independencia consumada por Iturbide.

En la explicación de Ocampo encontramos desde luego presente la *idea providencial*, ya introducida por el *cura de Mascota*, según se vió. Piensa el “filósofo de la Reforma” que la Providencia intervino en el destino de México en dos ocasiones. La primera en 1521, determinando que España entrara en contacto con el Imperio de Moctezuma para que tutelara, instruyera y fortificara a sus habitantes, misión que cumplió durante trescientos años. La segunda intervención fue en 1810, cuando ya la Nueva España había logrado instruirse y estaba en condiciones de emanciparse y de vivir libre y por sí misma. Entonces la Providencia entra en acción eligiendo a uno de esos “hombres singulares” para que realice sus designios. Ese hombre

fue Hidalgo. La Independencia de México “entraba en los designios de Dios”, y puesto que el héroe que la inició fue su elegido, hay que honrarlo y reverenciarlo.

Melchor Ocampo combina admirablemente esta idea providencial con una explicación que podría llamarse intelectualista de la Independencia, ya que sostiene que el proceso que conduce a la emancipación, tanto de un individuo como de un pueblo, está condicionado por la adquisición del saber que permite resolver las necesidades humanas por cuenta propia. Para Ocampo el desarrollo de los individuos como el de las naciones se rige por dos procesos: uno de “dependencia y sujeción”; otro de “emancipación o independencia”. El primero es un proceso natural que crea un “estado” transitorio de sumisión; el segundo es un proceso intelectual, que crea un “estado” permanente de libertad.

Por razón del primer proceso, un gran número de individuos y de naciones están, “no necesaria” pero “sí fatalmente”, sujetos a otros. “Es naturalmente indeclinable la dependencia y sujeción del débil al fuerte, del ignorante al sabio, del desvalido al poderoso.” Cuando existe este estado de dependencia y sujeción, los individuos son “incompletos”, están “truncos”, no existen “propiamente como individuos”; las naciones “tampoco pueden serlo”, ni merecen “el nombre de tales”, ya que no pueden durante ese estado realizar los “altos designios que les están encomendados”; son “menores de edad” y tienen que valerse del “auxilio o complemento de otras”, tienen que vivir del “auxilio ajeno”.

Por razón del segundo proceso, es “socialmente posible” a los individuos y a las naciones la “emancipación de

todas estas sujeciones”. “La higiene y la ortopedia pueden fortificar o corregir una organización débil y anormal”; “la gimnástica puede enseñar al desgraciado” los “ejercicios de armas y otros que compensen su natural debilidad”; “el estudio, ya sobre la naturaleza, ya sobre los libros, ya sobre los procedimientos industriales, puede procurar el grado de instrucción que cada uno necesita para desempeñar por sí solo su papel en el mundo”; “el trabajo y la economía pueden dar a cada uno aquel grado de riqueza” que baste a satisfacer sus “necesidades reales y fantásticas”. Cuando se ha cumplido con este cierto grado de condiciones, los individuos y las naciones han aprendido a hacer uso de sus facultades, a satisfacer sus necesidades y a manejar sus negocios por sí solos, entonces el estado de dependencia y sujeción deja de existir, esto es, “termina su menor edad” y se “verifica su emancipación”, se hacen independientes y libres: “la nación y el hombre han puéstose en la senda de su relativa e indefinida perfección”, individuo y nación se establecen en el “justo grado que se necesita para la libertad”.

Estos procesos de dependencia natural y de emancipación social, explican el movimiento de Independencia iniciado por Hidalgo en 1810. “La España de 1521 era más hábil, más fuerte, más poderosa que el carcomido Imperio de Moctezuma”, y por eso cuando los dos pueblos o naciones se pusieron en contacto, el más débil, el más ignorante, el más desvalido que era el indígena o azteca, *quedó naturalmente sujeto al otro*, es decir, al más fuerte, al más sabio, al más poderoso, que era España.

Durante los trescientos años que dura este estado de dependencia y sujeción natural, se opera en la nueva na-

ción que se va formando, es decir, en la Nueva España, un proceso de emancipación o de independencia socio-intelectual. Tal proceso produce tres principales desarrollos en la Nueva España: “El desarrollo de la cabeza o del entendimiento para la posesión de la verdad y consiguiente independencia de toda preocupación, de todo error; el desarrollo del corazón o del sentimiento del bien para adquirir la independencia de todo odio, de toda mala pasión, depurando, elevando y extendiendo el amor; el desarrollo de la mano o de la industria para dominar a la naturaleza por las aplicaciones del saber llamadas artes e independizarse así de toda sujeción, de toda incomodidad, de toda molestia.”

Gracias a este triple desarrollo, la Nueva España de 1810 acabó por no ser tan ignorante como hubiera convenido a la madre España. “Muchos de sus hijos sabían tanto como los de la madre patria los oficios, las artes, y en las ciencias cuanto entonces conocía la raza castellana sobre derechos y deberes. Y el conocimiento de éstos despertó la natural aspiración de practicarlos.” Por lo demás, los que entre nosotros representaban la vida de la inteligencia, “encontrándose iguales a sus opresores, en cuanto al saber, se veían humillados en todas sus posiciones, se sentían muy superiores a ellos por la justicia de sus aspiraciones”, y es natural que este “brío que da la convicción de la propia justicia” condujera a pensar en emanciparse de sus opresores.

“El número de los opresores era en 1810 mayor con mucho que el de los oprimidos, respecto a la proporción en que unos y otros se encontraron en 1520; pero los elemen-

tos artificiales de poder eran inmensurablemente mayores por parte de nosotros cuando en el pueblo de Dolores comenzaron a ensayarse. Recursos mentales, recursos artísticos, recursos financieros estaban en Nueva España en mayoría de nuestra parte.”

Por eso en 1810 fue *socialmente posible* la emancipación, la independencia de nuestro pueblo. La vieja España ya no conservaba entonces su “prepotencia”, y “la Nueva España, después de tres siglos de instruirse y fortificarse, pudo manumitirse del tutor que la oprimía y vivir libre y señora de sí misma, admitida en la familia de las demás naciones”.

La declaración de Independencia que hizo Hidalgo en 1810 en el pueblo de Dolores, concluye Ocampo, quería decir que “México terminaba su menor edad”, que ya se había emancipado de todo género de dependencias con España, que poseía ya capacidad propia para vivir sin el auxilio ajeno, que era apto para vivir libre y señor de sí mismo y que por lo mismo tenía derecho a que se le reconociera su personalidad nacional entre los demás países libres de la tierra. Gracias a esta declaración, México pudo conquistar el mayor bien de su vida: el de constituirse como nación libre, el de lograr la plenitud de su ser político. “La independencia fue para México un bien tan grande, tan grande, como no puede tener otro mayor, puesto que a él debe su existencia política.”

Tal es el verdadero sentido de la Independencia que inició Hidalgo y que todo mexicano bien nacido reconoce. Hay, sin embargo, algunos mexicanos que no han querido reconocer el gran bien de la Independencia. Estos son los

conservadores: hombres retrasados en su evolución política, en su desarrollo histórico, que no se “sienten capaces de obrar por sí, se reconocen pupilos, confiesan que aún no son hombres”, que viven humillando su frente “ante el capricho de un déspota extraño”. Para estos mexicanos la “patria” no existe como tampoco el “patriotismo”. Enemigos de la “independencia”, siguen añorando gobiernos monárquicos, porque bajo las monarquías “no hay patriotismo, sino fidelidad al soberano; no hay ciudadanos, sino vasallos; no hay patria”. Por eso, cuando estos mexicanos conservadores cuestionen si la Independencia fue un bien, no hay que discutir con ellos; hay que compadecerlos y despreciarlos, porque todavía no son mexicanos, porque todavía no han alcanzado la mayoría de edad, porque aún siguen apeteciendo un amo. ¹¹⁷

117 Cf. Melchor Ocampo: a) *Discurso* pronunciado el 16 de septiembre de 1852 en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo. b) *Discurso* pronunciado el 16 de septiembre de 1858 en la Alameda de Veracruz. *Obras completas*. México, 1901. T. II. a) pp. 7-22; b) pp. 23-44.